

SOMBRA Y LUCES DE LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS MUJERES

Por Silvia María García Ángel¹

Hoy las mujeres en Medellín, Colombia y muchas partes del mundo cantamos y contamos nuevas realidades. Nuestras madres, abuelas, y en general nuestras ancestras, mirarían con asombro y admiración los logros de las mujeres contemporáneas.

Nuestro destino -único, inmutable- no son ahora las largas, extenuantes y pocas reconocidas horas de trabajo doméstico entre olores de cebolla, llantos o travesuras de hijas e hijos, ropa sucia esperando unas manos callosas sin más ayuda que otra niña pequeña, aprendiendo el oficio de la sumisión y la invisibilidad.

Nuestro cuerpo, es ahora realmente nuestro. Antes, ese cuerpo nos era ajeno, objeto de Estados, iglesias, políticas poblacionales. Moldeado por otros, ese cuerpo no era habitado soberanamente por las mujeres. Cuerpo-desposeído, cuerpo-objeto para la reproducción, para el placer masculino, para el sometimiento infligiendo tortura, para otorgar un supuesto sentido de poder y control dominando ese cuerpo femenino con múltiples formas de violencia o amenaza de la misma.

Si, hemos avanzado. Ya decidimos si queremos o no tener una prole. Hemos encontrado nuestro clítoris y descubierto la potencia de una piel acariciada y el inefable disfrute en unas manos que descubren la geografía de otros cuerpos. Los derechos sexuales y reproductivos acompañan hoy nuestras luchas y son reconocidos como los más humanos de los derechos.

Sin embargo no todo es alegría y soberanía plena sobre un cuerpo objeto de prácticas de poder. Las amenazas y controles son ahora diferentes: bulimia, anorexia, ingeniería del cuerpo que mata mujeres, en aras de unos modelos corporales pensados por una poderosa industria que a su paso somete además muchas mentes femeninas a cortos horizontes vitales. Como no hablar también de las nuevas esclavitudes, cuerpos y vidas de mujeres traficados por mafias globales para la industria del sexo, la servidumbre doméstica o el uso y abuso de guerreros en las confrontaciones armadas que no solo se viven en nuestro país.

Asunto antes imposible, hoy muchas mujeres aspiran y están presentes en cargos de decisión: en la política, las instancias estatales, la economía. Pero el costo es alto, representado en la masculinización de nuestras vidas, en las dobles y triples jornadas, en el aumento del estrés y de infartos. La soledad y la estigmatización son en últimas el precio que pagamos y ciertamente nuestra presencia política y decisoria no hace aún la diferencia, pero no hay que dudarlo, "sin nosotras el mundo sería peor".

¹ Trabajadora Social y Feminista. Directora de la Corporación para la Vida Mujeres que Crean.

Hoy las mujeres sabemos de nuestros derechos, cada vez más reconocidos y amparados por Estados y organismos multilaterales. Ahora somos partícipes del inmenso acervo de conocimiento construido y acumulado por la humanidad, accediendo al sistema educativo, por muchos siglos al margen de las posibilidades de las mujeres.

Las violencias contra las mujeres son hoy un asunto público, preocupación no solo de nosotras sino de muchos sectores de la sociedad. Hasta hace poco en Colombia, matar a una mujer, en muchos casos, era un asunto de honor. Lo tristemente lamentable es que en muchos países los crímenes por honor siguen siendo justificados y aplaudidos.

Las mujeres nos hemos atrevido a desafiar mandatos milenarios, escritos con dolor en nuestra piel y en nuestras mentes. Pero este ser-siendo, este caminar desafiando un orden simbólico que cruza la historia, las tradiciones, los mitos y las subjetividades es también el clamor, es el deseo, es la aspiración del advenimiento de una nueva realidad para todas y todos, al igual que para la tierra que nos alberga y para la vida.

Vida que se resiste a los designios implacables de una cultura que ha edificado sus símbolos de poder en las armas, la guerra, la destrucción y la muerte.

Hoy, en los albores del siglo XXI, nos estamos atreviendo a convocar a la Gran Diosa, expresión simbólica de la existencia potente de lo femenino, cuya presencia viva en un mundo ya demasiado lejano, se esfuma en las sombras del olvido y la negación.

El patriarcado nace con el asesinato de la Gran Diosa e inaugura la violencia como forma estructurante de las relaciones entre los seres humanos. Violencia que en sus raíces es negación de lo femenino.

Afirmadas en una voluntad de saber, contrariando supuestas verdades científicas, antropólogas, arqueólogas, feministas y mujeres insumisas, nos hablan de un tiempo en el cual la Gran Diosa fue el horizonte simbólico de unas culturas que lograron una unidad paradójica pero posible de los opuestos y con ella, la convicción, la vivencia y la comprensión de que el poder supremo es aquel que se expresa para dar, nutrir e iluminar la vida.

No obstante las evidencias históricas, distorsionadas por la prepotencia y los artilugios del poder patriarcal, sabemos ahora que hubo un tiempo donde las relaciones entre mujeres y hombres estuvieron marcadas por la inclusión y no por la exclusión, por la integración y no por la separación, por la unificación y no por la fragmentación, por la comprensión y no por la intolerancia.

Con su penetrante e infame coloniaje, el patriarcado ha querido erigirse en una verdad y una realidad inexpugnable e inmutable, única alternativa de organización social posible, existente desde siempre, surgida con la aparición de las primeras humanas y humanos sobre la tierra.

Pero hoy el feminismo, o mejor será decir los feminismos, con su saga de mujeres insurrectas, enuncian y denuncian en sus voces perturbadoras y sabias, la aniquilación de unos valores y de unas prácticas, simbolizados en la Gran Diosa, la cual permitió la estructuración de sociedades caracterizadas por la regularización de los antagonismos y los opuestos, promoviendo por esta vía una mejor y posible concordia social y cultural.

Ella fue el origen de la cultura, inaugurando lo propio de lo humano. Ella es reunión de la polaridad, en ella la danza de los opuestos no es antagonismo ni combate, es encuentro, comunicación y reconocimiento. Ella contiene la luz y la oscuridad, la naturaleza y la cultura, el amor y el odio, la conciencia y el inconsciente, la razón y la intuición, el cuerpo y el alma, el alfa y el omega, lo femenino y lo masculino.

Con ella nos asomamos a la regeneración, al cambio y al movimiento hacia la transformación. Ella da cuenta de los misterios del origen, la vida, la muerte y la renovación. Ella es enlace, fuerza creativa que teje sentidos y posibilidades, permitiendo la convergencia de lo disímil.

La senda cultural vivida y propuesta por el mito fundante de la Gran Diosa, fue interrumpida y reemplazada por otra que exaltaba la dominación, la negación y la violencia. El patriarcado separó lo que antes estaba más creadoramente conectado, en permanente fluir e intercambio, dando un sentido más completo a la vida y a los procesos sociales.

El patriarcado, con sus símbolos guerreros, produjo una gran escisión, un quiebre esencial, que rompió las conexiones y estableció otro orden cuyas consecuencias padecemos hoy en la demente destrucción de nuestro entorno natural, en la violencia estructural contra las mujeres, en la estigmatización del otro diferente que no encaja con los modelos de los centros de poder religioso, político o neoliberal.

El patriarcado estableció la fragmentación, jerarquizó los opuestos, estigmatizando a unos y sobrevalorando a otros. En este complejo proceso cultural y psíquico, el género masculino usurpó entonces como patrimonio, entre otras muchas virtudes, la razón, la fuerza, la trascendencia, el protagonismo y el coraje. Al género femenino, en cambio, solo se le podían reconocer defectos e imperfecciones como patrimonio: la intuición, la debilidad, la inmanencia, la invisibilidad y la cobardía.

Mítica, histórica y psíquicamente se nos ha despojado de los significados profundos esa lejana construcción simbólica, expresión de las lúcidas comprensiones de lo humano y de la multiplicidad de relaciones posibles entre los seres humanos: consigo misma, consigo mismo, con las otras, con los otros, con la vida que nos provee y nos nutre.

Hoy, en el siglo de arrolladores descubrimientos científicos, la pretendida dominación de la naturaleza y la aparente globalización de los derechos humanos, tristemente tenemos que constatar que la escisión es cada vez mayor.

La cultura occidental como hoy la padecemos, es el producto de una guerra contra lo femenino y lo que representa en cuanto develamiento de todo lo humano con sus sombras y luces, sus fortalezas y debilidades. Esta guerra, cercenó los sentidos y significados de la integración, la inclusión y la unidad. Nuestra cultura nace de la eliminación simbólica y real de los referentes asociados a la Gran Diosa y es con esto que se ha instalado la milenaria exclusión y dominación sobre las mujeres.

Para imponerse, el patriarcado requirió construir el olvido de esas épocas fundantes de la cultura humana. Con ingeniosas distorsiones y manipulaciones se levantaron otros mitos y otras supuestas verdades bendecidas por la poco creíble ahora, neutralidad y objetividad de la ciencia.

Y hoy como ayer se continúa distorsionando y manipulando la realidad. Basta solo con recordar las razones que se nos han dado para justificar los orígenes y causas de esta guerra global, demencial contra los pueblos. Y sin ir más lejos, en nuestro país, se pretende quebrar la memoria, manipulando la verdad en el actual proceso de desmovilización con los grupos paramilitares

El patriarcado se afirmó sobre la sistemática desvalorización, ocultamiento y tergiversación de la presencia de lo femenino y las mujeres en la vida social y cultural. El patriarcado impuso nuevos referentes y reglas, creando otro orden simbólico, político y cultural, temiendo el poder subvertor de las herencias dejadas por la Gran Diosa. En este proceso, la vida social se sumió en una larga historia de guerras, dominaciones, enajenaciones y las mujeres fuimos domeñadas.

La desolación de nuestra experiencia humana, social y política, reclama la presencia de la Gran Diosa y su invitación a la integración, al respeto de todas las diferencias, pero sobre todo, a la reverencia por la vida y a la dignidad de la existencia en un mundo mejor.

Los signos de la ausencia de esos sentidos primordiales, se reflejan contemporáneamente en los múltiples rostros de la inequidad entre mujeres y hombres y de la inequidad social. También en la corrupción, en la violación permanente de los derechos de las humanas y los humanos y en la emergencia de

nuevas esclavitudes. Como no hablar además, de las guerras preventivas, los enriquecimientos ilícitos de las grandes corporaciones y multinacionales, la destrucción del entorno vital, el envenenamiento del aire y el agua, los controles del cuerpo, la banalización la vida.

La lógica patriarcal, contiene en sus fundamentos un libreto único que se expresa en la cultura, la política, la economía. Por ello, esta no se agota en todas las expresiones de la discriminación y la violencia contra las mujeres. Ella se expresa también en la dominación de los pueblos mediante la guerra y en la mercantilización de la naturaleza, destruyendo a su paso la memoria de la vida en su largo proceso evolutivo. Igualmente en la acumulación codiciosa y arrogante de unos pocos y el empobrecimiento cada vez más escandaloso de muchas mujeres y hombres, despojando a millones de seres humanos de la oportunidad de desarrollar sus múltiples potenciales.

El poder patriarcal se construye, y nos destruye, sobre el destierro de la Gran Diosa a las profundidades de la nada. La nueva y soberbia cultura, se edifica sobre pactos firmados entre los hombres, sometiendo a la vida, a lo femenino y a las mujeres.

Por fortuna, muchas mujeres, no obedecieron ni obedecen, los mandatos impuestos y hemos dado lugar a muchas expresiones de resistencia, oposición y proposición. Entre ellas, el feminismo, que ingresa a la historia erosionando las lógicas binarias de exclusión.

Como las brujas de la edad media, mujeres trasgresoras irrumpen socavando los fundamentos androcéntricos y androcéntricos de la ciencia, la medicina, el registro histórico. Sus cuestionamientos trastocan los horizontes conocidos de la política y la división entre lo público y lo privado. Las preguntas abarcan el Estado, sus instituciones y el marco fundante de la modernidad. La familia es re-significada y desnudada, develando los signos de un poder que se estructura sobre la dominación de las mujeres. Se toma conciencia del propio ser colonizado y dividido, con un cuerpo desposeído y una psique construida sobre la mutilación, la carencia y muchas limitaciones inventadas.

No se trata de negar los grandes progresos humanos, ni del retorno romántico a épocas pretéritas. Se trata de re-encontrarnos, desde las realidades actuales, desde estos nuevos tiempos, con el mundo simbólico de la Gran Diosa. Re-encuentro en nuestras vidas, en la interioridad de nuestro ser, en la política, en la cultura. Se trata de nutrirnos de esa sabiduría milenaria y sus significados potentes de inclusión, integración y reconocimiento de todas las fuerzas y expresiones humanas, para soñar y proponer un futuro diferente al que se nos ofrece ahora.

Como dice Marta Cecilia Vélez Saldarriaga en su inquietante libro "Los hijos de la Gran Diosa": "frente a un masculino que se erige como valor, significante, horizonte

de toda significación posible, necesitamos recuperar la diosa para reconocer y no negar, para asumir y no excluir, para integrar y no disociar. A ella nos sumamos, y ampliamos el clamor diciendo, necesitamos respetar y no aniquilar, escuchar y no imponer, construir y no destruir, aprender y no moralizar.

La Gran Diosa es renovación que se refleja y simboliza en el cambio de las estaciones, la muda de piel de las serpientes, en la transformación de la oruga en mariposa.

En estos últimos siglos, las mujeres hemos emprendido búsquedas, pasiones y resistencias al imperio de la muerte, la violencia y la inequidad.

Al igual que las orugas que buscan presurosas su nutrición, mujeres de antes y de ahora hemos recorrido ideas, construido visiones y desarrollado prácticas diversas para saciar nuestros anhelos inmensos de hacer realidad y proponer una vida digna para las mujeres.

Entre crisis no exentas de dolor, pero profundamente creativas y vitales, hemos sido crisálidas, viviendo en profunda transformación los sentidos colectivos de nuestras prácticas, aspiraciones y deseos.

Las alas de la mariposa emergente, se han llenado con la fuerza vivificante de la certeza de nuevas posibilidades para las mujeres, dando nuevos sentidos y desafíos a nuestra práctica social y política.

Hoy defendemos con ahínco los derechos humanos de las mujeres, cuestionando el sello androcéntrico sobre el cual se ha edificado el marco recortado de los derechos humanos, al igual que su énfasis en legalismos retóricos, en desmedro de los horizontes éticos, políticos y culturales de su vivencia.

Nos duelen y conmueven en lo más profundo de nuestro ser, los testimonios, hechos y cifras que dan cuenta de las violencias infringidas contra las mujeres por el solo hecho de serlo. La casa, la calle, el conflicto armado, la guerra, son los escenarios. El esposo, el padre, las mafias, los actores armados ilegales y legales, el estado son los victimarios. La violencia sexual, doméstica y socio-política son algunas de las caras de esa medusa descomunal que es la violencia contra las mujeres, las jóvenes y las niñas.

¿Dónde, nos preguntamos, está la reflexión profunda de una sociedad acerca de las prácticas de violencia edificadas sobre el convencimiento de la inferioridad de la mitad de su población y su instrumentalización como botín de guerra? ¿Qué sociedad es esta que autoriza, premia y da permiso a sus hombres para afincar su reconocimiento y su valer, infligiendo dolor a las mujeres?

El panorama es sombrío, pero por ello mismo, no renunciamos a la defensa y promoción de los derechos humanos de las mujeres, al igual que a pellizcar a una sociedad que es indiferente y justifica la objetivación y la violencia contra las mujeres.

Hoy muchas mujeres apostamos a nuestra constitución en sujetas pensantes, críticas y propositivas.

El panorama de nuestras búsquedas y apuestas no estaría completo sin los inmensos retos que representan los procesos de desarrollo socio-político y económico. Excluidas primero, y luego consideradas como simples beneficiarias, las mujeres estamos poniendo toda nuestra fuerza vital en convertirnos en sujetas de los diversos procesos encaminados al buen vivir para todas y todos.

En este camino, nos hemos encontrado con las marcas patriarcales de un modelo socio-económico que se estructura sobre la exclusión, la depredación de la naturaleza y el autoritarismo.

La democracia está ausente en la distribución de las riquezas del planeta y de los procesos políticos que comprometen la satisfacción de todas las necesidades humanas. El despojo y las falacias son los signos actuales del modelo neoliberal que se impone con guerras, alimentando la quimera de la libertad, la libertad de mercado, por supuesto, para las grandes corporaciones y sus desmesurados deseos de acumulación y control.

La avaricia de los poderosos, está sembrando la tierra de desiertos y de más y más personas empobrecidas y dentro de ellas, las mujeres, las más pobres entre los pobres. La feminización de la pobreza no es una consigna hueca, es una realidad planetaria, que despoja a millones de mujeres, jóvenes y niñas de los más elementales derechos y las lanza a un destino de carencias, malnutrición y servidumbre. Mientras tanto, los centros de poder de la política, la economía y la cultura, alimentan escandalosamente el consumismo y el derroche.

Por esta y otras muchas razones, las mujeres queremos trastocar el modelo de desarrollo que se nos impone, que está colapsando al planeta y que poco considera a las mujeres y sus organizaciones como sujetas de desarrollo.

Trabajar fuera de la casa, estudiar, habitar la noche son fruto y síntesis del sentir, pensar y hacer de muchas de nuestras ancestras, mujeres que se negaron a la desappropriación de sus cuerpos, a mutilar su inteligencia y fuerza creativa, arrinconadas en labores rutinarias y extenuantes que nadie valoraba. Ellas, que se atrevieron a develar los resquicios del poder en las sábanas de su cama y en las paredes de la casa. Ellas que, antes de Mayo del 68, nos enseñaron a ser realistas pensando lo imposible, pues de lo contrario estaríamos diciendo "es imposible seamos realistas"

Con ellas y las mujeres del futuro estamos seguras seguiremos proponiendo nuevos paradigmas.

Nos alienta la esperanza de contribuir a la desactivación de todos los dispositivos simbólicos, políticos y culturales que impulsan la guerra, el uso de las armas y la imposición del modelo del guerrero en nuestro país y en el mundo entero. Terminar con esas sombras bárbaras que nos muestran a miles de mujeres enterrando a sus muertos, dejando sus lazos con la tierra, mientras huyen al paso de las tropas a un destierro y a un destino cruel e incierto.

Pensamos en las niñas y las jóvenes, muchas de ellas seducidas por el marketing del cuerpo, sumidas en la anorexia, la bulimia y todos los encantamientos de la industria cosmética. Ellas, están siendo víctimas de vampiros modernos, que roban su potencial creativo y autónomo, instalándolas en la misma situación de sumisión de nuestras abuelas y madres.

Tenemos que hablar también de las niñas y las jóvenes atrapadas en las carencias, la violencia y la falta de oportunidades. Quizás podrían repetir las historias de sus madres o sucumbir a las mafias que explotan sus cuerpos y su trabajo.

Hoy nuestros desafíos son grandes y las preguntas muchas, las cuales compartimos con ustedes.

Afirmamos la voluntad de impugnar todas las formas de poder patriarcal, de ejercitar en nuestros actos de transformación la unión entre lo personal, lo privado y lo público. Con todas las mujeres que abrieron el camino, continuamos diciendo, lo personal es político y la política no puede seguir siendo un pacto entre varones que solo piensa y actúa hacia y sobre el afuera.

El legado de tantas mujeres anónimas, conjuntamente con el hacer actual de muchas mujeres, nos permite disfrutar de muchos cambios impensables hace algunos años. Sin embargo, el patriarcado, con sus múltiples expresiones, aún continúa galopando sobre sus fundamentos y consignas.

Las leyes reconocen nuestros derechos pero no se ha transformado el orden simbólico que nutre el andamiaje legal. Las mujeres hemos salido al mundo, pero la estructura familiar poco se ha modificado. El trabajo doméstico sigue sin democratizarse. Estamos negociando con el Estado, pero este no es expresión real de todos los intereses y sectores sociales.

El neoliberalismo es más patriarcal que nunca. Las guerras y la manida lucha contra el terrorismo son hoy el dogma del momento. La presencia de mujeres en los escenarios de decisión política y económica sigue siendo precaria y en cualquier caso

poco ha podido contribuir a cambiar las prácticas y prioridades de los denominados asuntos públicos.

Por lo anterior y muchos otros aspectos sin mencionar, las mujeres nos enfrentamos a nuevos retos y reflexiones. Hoy los contextos y los escenarios han cambiado.

La cultura está erigida sobre el predominio y la exaltación de los valores hechos propiedad del género masculino. Por esto, una gran tarea de las mujeres es incorporar en el imaginario, en las representaciones sociales y en las simbologías de esta sociedad el sentido y significación de lo femenino y las mujeres. Nos urge construir un orden simbólico diferente al que ahora nos invade. Un modo humano de ser re-creado, no escindido.

Solo en esta perspectiva podremos trastocar lo existente, las estructuras profundas y complejas que perpetúan el patriarcado -en ocasiones también con nuestra complicidad- y proponer nuevas maneras de ser mujeres y hombres en la cultura, en la política, en la economía, en la cotidianidad.

Que la luna brillante de esta diosa ancestral ilumine nuestro camino en medio de tanta oscuridad.

Medellín, 26 de septiembre de 2008